

CAPÍTULO

1

Identidad profesional del psicólogo



Ser psicólogo tiene consecuencias sociales de trascendencia tal que ello no se puede visualizar tan sólo como la actividad de un individuo que se especializa en el conocimiento del comportamiento humano. Debe considerarse con plena conciencia de que su ejercicio profesional se contempla en el contexto de la realidad social que le circunda. Para el psicólogo, tomar conciencia de sí mismo y de su responsabilidad social significa la posibilidad de lograr una identidad profesional.

A menudo se cree que el psicólogo se olvida de que él mismo puede ser sujeto de investigación. La semejanza básica entre el psicólogo y su cliente radica en que las condiciones y los factores que influyen en este último también pueden influir en aquél.

El psicólogo nunca debe olvidar que él mismo no está exento del escrutinio psicológico, aun en sus mejores momentos científicos y profesionales. La psicología no es una plataforma elevada desde donde se mire serenamente lo que el hombre hace y experimenta. Por el contrario, los psicólogos participan en las escenas que observan, y su actividad científica y profesional está íntimamente ligada al contexto sociocultural. Como señaló hace tiempo Smedslund (1972), es posible, deliberada y temporalmente, romper ese nexo, pero no es factible ignorarlo.

El psicólogo es una persona antes que un profesional. Por lo tanto, resulta de primordial interés conocer el proceso de desarrollo encaminado a la adquisición de una identidad profesional, que se da en la persona a lo largo de su formación como psicólogo.

Dada la naturaleza de los problemas que enfrentan los psicólogos, se concibe una realización profesional íntegra, respaldada en un alto nivel de compromiso, conciencia y responsabilidad social. Conjugar una ciencia humana y, al mismo tiempo, preservar los valores y las características que hacen del hombre una persona es el reto actual.

El problema del psicólogo reside en comprender la naturaleza social de los valores y la interrelación de la libertad del individuo con esos valores: "...el cumplimiento de nuestra responsabilidad social en un sentido positivo dependerá de la manera en que nosotros, como psicólogos, resolvamos este problema de la relación entre la libertad individual y los valores sociales" (May, 1968, p. 285).

El sentido de responsabilidad del psicólogo con la sociedad se dará en la medida en que aquél crezca y se desarrolle como persona, en que se cuestione los objetivos de su quehacer científico, y en que experimente un sentido de identidad dado por la integración gradual de sus conocimientos y experiencias como persona y como profesional.

Ser psicólogo implica ser un individuo en proceso de adquirir una serie de conocimientos teóricos sobre el comportamiento humano y experiencias estrictamente académicas, que se integran paso a paso, etapa por etapa, en un proceso de crecimiento ligado a las características individuales, de su propia personalidad, con la finalidad trascendental de ponerlo al servicio de la comunidad donde vive.

El cuestionamiento sobre la responsabilidad social de los psicólogos es antiguo. Oppenheimer, en 1956, señaló que el psicólogo casi no puede hacer nada sin comprender que, para él, la adquisición de conocimientos abre la más aterradora perspectiva de controlar lo que la gente hace, lo que piensa y lo que siente.

En la actualidad, sigue preocupando el compromiso del psicólogo con la sociedad, ya que se enfrenta la imposibilidad de ahondar en el conocimiento del ser humano, a menos que se esté comprometido. La libertad consiste en el poder de las acciones como persona, con significado para el grupo al que se pertenece. A la vez, parece existir algún factor selectivo que hace que la profesión de psicólogo tienda a ser atractiva para el tipo

de individuos que niegan y reprimen sus propias necesidades de poder, que luego se manifiestan en el control del pensamiento de otros, y que llegan a ser más perjudiciales y difíciles de contrarrestar porque atacan el núcleo de la identidad.

En la medida en que el psicólogo tome conciencia de su capacidad de destruir, se ayudará más a sí mismo y a su sociedad, cambiando la necesidad de poder hacia metas positivas.

La responsabilidad social del psicólogo no es controlar ni manipular a los otros; dicho rol actuaría en contra de la dignidad del ser humano. Por el contrario, requiere de una ciencia que preserve los valores y las características distintivas que hacen del hombre una persona.

No se puede negar que algún elemento de control y de establecimiento de condiciones esté presente en toda relación humana: padre-hijo, maestro-alumno, terapeuta-paciente, jefe-subalterno. La diferencia radical estriba en si en el control se conceptualiza al otro como sujeto o como objeto, es decir, si el propósito es manipular y explotar, o bien, ampliar la conciencia y la libertad del otro para que participe de modo responsable en la vida.

De ahí la importancia de conservar y respetar el derecho y la capacidad del individuo para cuestionarse. Dicha capacidad es una de las características que distinguen al hombre como tal en la escala evolutiva. Cuestionar es el comienzo de la propia experiencia de identidad.

A lo largo de la experiencia en el ejercicio profesional de la psicología, se ha podido observar que en la formación profesional de esta disciplina se da un proceso de crecimiento, equiparable al desarrollo que se produce en la personalidad del ser humano. Lo anterior significa que en ambos casos se observan las diversas etapas por las que atraviesa un individuo desde que nace hasta que muere.

Experimentar en sí misma las vicisitudes por las que atraviesa una persona que realiza la elección vocacional de ser psicóloga, y decide formarse en esta disciplina, junto con la preocupación por la trascendencia del rol profesional del psicólogo como agente de cambio social —que supone el logro de una identidad profesional y, por ende, de conciencia y de responsabilidad sociales—, llevaron a la autora de el libro que usted tiene en sus manos a plantearse los siguientes cuestionamientos:

- ¿Qué tipo de persona es el psicólogo?
- ¿Qué proceso de crecimiento se da en él o ella a lo largo de su formación profesional?
- ¿Qué cambios ocurren en la estructura de su personalidad como resultado de su actividad profesional?
- ¿Existe una reacción formativa o *deformativa* en la persona que estudia psicología?
- ¿Se logra estructurar una identidad del Yo como profesional de la psicología?

Grinberg y Grinbeg (1993, p. 12) señalan que en la actualidad, en función de los vertiginosos cambios que se presentan en los ámbitos socioeconómico, político y cultural, la identidad se ha convertido en un asunto de primera magnitud para todos sin excepción. Cada individuo necesita replantearse a sí mismo quién es realmente. Ese mismo cuestionarse forma ya una parte importante del proceso de adquisición del sentimiento

de identidad. Mencionan que Erikson, desde 1956, ya afirmaba que el estudio de la identidad en nuestra época es tan estratégico como lo fue el de la sexualidad en tiempos de Freud.

Sin embargo, el primer cuestionamiento que surge tiene que ver con el concepto de identidad. Los científicos sociales consideran el término “identidad” como referido a rol social, a rasgos de personalidad o a autoimágenes conscientes.

“Yo soy yo” es la expresión corrientemente utilizada para referirse al sentimiento de identidad que se traduce en una experiencia de autoconocimiento (Grinberg y Grinberg, 1993, p. 17). La noción de identidad es una de las más controvertidas en el terreno de la psicología.

Erikson (1977, pp. 16-19) basó su pensamiento sobre la identidad en dos de los fundadores de la psicología, William James y Sigmund Freud. Señalaba que la mejor descripción de lo que se llamaría un *sentimiento de identidad* se encuentra en una carta de James escrita en 1920: “El carácter de un hombre se puede discernir en la actitud mental o moral, en la cual, cuando la asume, se siente más profunda e intensamente vivo y activo. En esos momentos una voz dentro de él dice: ‘¡Éste soy realmente yo!’”

La otra referencia que hace Erikson respecto de la definición de identidad alude a un discurso de Freud ante la sociedad Bné Brit de Viena en 1926:

Lo que me ligó al judaísmo (me avergüenza admitirlo) no fue la fe ni el orgullo nacional, porque jamás he sido creyente y me educaron fuera de toda religión, aunque me inculcaron el respeto por las que se denominan normas “éticas” de la cultura humana. Cada vez que sentía una inclinación hacia el entusiasmo nacional, me esforzaba por suprimirla, considerándola perjudicial y errónea, alarmado y prevenido por el ejemplo de los pueblos entre los cuales vivíamos los judíos. Pero había muchas otras cosas que hacían irresistible la atracción del judaísmo y de los judíos: muchas oscuras fuerzas emocionales que eran tanto más poderosas cuanto menos se las podía expresar con palabras, así como también una clara conciencia de una identidad interior, la privacidad de una construcción mental común que proporcionaba seguridad.

Ésta fue la única vez en que Freud usó el término *identidad*, indicó Erikson, de una manera casual y refiriéndose a algo medular del interior del ser humano y con un sentido étnico. Cabe aclarar que Laplanche y Pontalis (1996, p. 183) refieren que los términos *identidad de percepción* e *identidad de pensamiento* fueron utilizados por Freud en la interpretación de los sueños para designar aquello hacia lo que tienden, respectivamente, los procesos primario y secundario. El proceso primario suele encontrar una percepción idéntica a la imagen del objeto resultante de la experiencia de satisfacción. En el proceso secundario, la identidad buscada es la de los pensamientos entre sí. En la literatura psicoanalítica, Víctor Tausk empleó el término *identidad*, en 1945, en un trabajo sobre el origen del “aparato de influencia”, donde estudió cómo el niño descubría los objetos y su *self*, afirmando que el hombre, en su lucha por la supervivencia, debe constantemente encontrarse y experimentarse a sí mismo (Grinberg y Grinberg, 1993 p. 17).

Jean Piaget (1971, p. 10), el creador de la corriente cognoscitiva, estudió la epistemología y la psicología de la identidad a través de cuestionamientos sobre la identidad de los objetos, la identidad de movimiento y el desarrollo de la identidad. Piaget señalaba que el empleo del principio de identidad como principio regulador del conocimiento puede aplicarse a objetos, esquemas, conceptos, etc. Se refería a que de todos los

“principios” lógicos, el principio de identidad es quizás el que permanece menos idéntico a sí mismo en el transcurso de su desarrollo.

Retomando a Erikson (1977), cuyos postulados se consideran los más pertinentes para conceptualizar la formación de la identidad profesional del psicólogo, se destaca que concibió la identidad como una sensación subjetiva de mismidad y continuidad vigorizantes. El término identidad expresa una relación entre un individuo y su grupo con la connotación de una persistente mismidad y de compartir con persistencia cierto carácter esencial con otros, ya que lo considera como un proceso ubicado en el núcleo del individuo y también en el núcleo de su cultura comunal. Se trata de un proceso que establece, de hecho, la identidad de esas dos identidades.

En términos psicológicos Erikson (1977, p. 19) apuntaba lo siguiente:

La formación de la identidad emplea un proceso de reflexión y observación simultáneas, que tiene lugar en todos los niveles del funcionamiento mental. Según este proceso, el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que percibe como la manera en que los otros lo juzgan a él comparándolo con ellos, y en los términos de una tipología significativa para éstos últimos; por otra parte, juzga la manera en que es juzgado, a la luz del modo en que se percibe en comparación con otros y en relación con tipos que han llegado a ser importantes para él. Por suerte, este proceso es, necesariamente, en su mayor parte inconsciente, excepto donde se combinan condiciones interiores y circunstancias exteriores para agravar una conciencia de identidad.

Además, señalaba (p. 19):

El proceso que estamos describiendo cambia y se desarrolla constantemente: es un proceso de progresiva diferenciación, y deviene tanto más inclusivo a medida que el individuo se hace consciente de un círculo de otros significativos cada vez más amplio, que se extiende desde la madre hasta la humanidad. El proceso “comienza” en el primer “encuentro” verdadero entre la madre y el bebé como dos personas que se pueden tocar y reconocer mutuamente, y no “termina” [sino] hasta que desaparece el poder de afirmación mutua de un hombre.

Grinberg y Grinberg (1993, p. 18) siguiendo a Erikson señalan que la formación de la identidad es un proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de todas las identificaciones fragmentarias de la niñez que, a la vez, presuponen contener de manera exitosa las introyecciones tempranas. Mientras ese éxito depende de la relación satisfactoria con la madre y, luego, con la familia, en su totalidad la formación de la identidad madura depende, para Erikson, del desarrollo del Yo, que obtiene apoyo para sus funciones de los recursos de una comunidad más amplia.

Así, Erikson (1977, p. 42) establece la diferencia entre la identidad personal y la identidad del Yo:

El sentimiento consciente de tener una identidad personal se basa en dos observaciones simultáneas: la percepción de la mismidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio, y la percepción del hecho de que otros reconocen esa mismidad y continuidad. Sin embargo, lo que he denominado identidad del Yo se refiere a algo más que al mero hecho de la existencia; es, por así decirlo, la cualidad *yoica* de esta existencia. En consecuencia, la identidad del Yo, en su aspecto subjetivo, es la concien-

cia del hecho de que hay una mismidad y una continuidad en los métodos de síntesis del Yo, o sea que existe un estilo de la propia individualidad, y que este estilo coincide con la mismidad y continuidad del propio significado para otros significantes de la comunidad inmediata.

Definir el Yo también implica dificultades conceptuales. Laplanche y Pontalis (1996, p. 457) señalan que, en su segunda teoría del aparato psíquico, Freud se refiere al Yo como una instancia que se distingue del *ello* y del *superyo*:

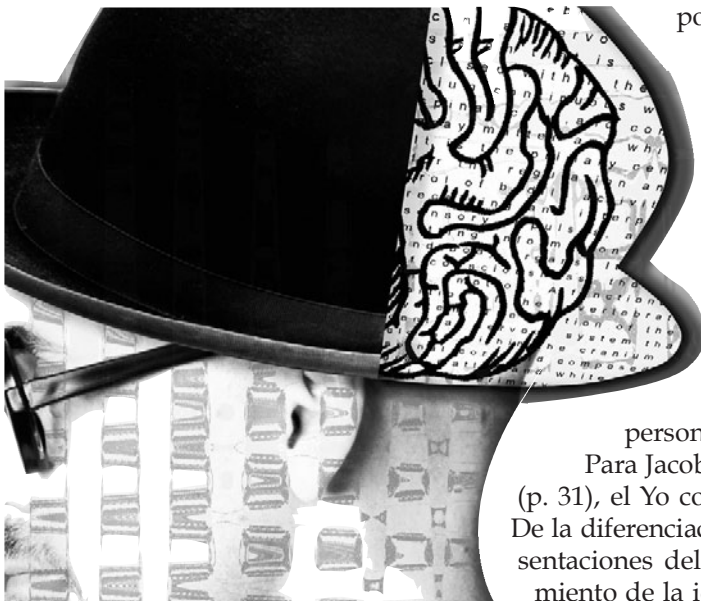
La teoría psicoanalítica intenta explicar la génesis del Yo dentro de dos registros relativamente heterogéneos, ya sea considerándolo como un aparato adaptativo diferenciado a partir del *ello* en virtud del contacto con la realidad exterior, ya sea definiéndolo como el resultado de identificaciones que conducen a la formación, dentro de la persona, de un objeto de amor catectizado por el *ello*.

La problemática en torno al concepto psicoanalítico del Yo, señalan Grinberg y Grinberg (1993, p. 29) comienza con Hartmann (1962) cuando distingue entre el Yo — como sistema psíquico— y el *self* — como concepto referido al “uno mismo”. Para Hartmann el Yo es una subestructura de la personalidad y se define por sus funciones. Este concepto contrasta con los expresados por Heimann (1951), quien definió el Yo como “la suma de los sentimientos, emociones, impulsos, deseos, capacidades, talentos y fantasías del individuo, es decir, todas las fuerzas y formaciones psíquicas que una persona identificaría como algo propio, experimentando la sensación: —ese soy yo—”.

Para Hartmann (Grinberg y Grinberg, 1993, p. 30) la palabra “Yo” se emplea para denotar “un conjunto de procesos psicológicos tales como pensar, percibir, recordar, sentir, que tienen una función organizativa y de regulación en relación con el *self* y que son responsables del desarrollo y ejecución de un plan de acción para lograr la satisfacción de los impulsos internos, por un lado, y

por otro, de las exigencias ambientales”. La palabra *self* indica “las formas en que el individuo reacciona ante sí mismo, en que se percibe, piensa y valora a sí mismo y cómo, mediante diversas acciones y actitudes, trata de estimularse o defenderse”. El *self* es, por lo tanto, un concepto intermedio entre los relacionados con los fenómenos intrapsíquicos y los concernientes a la experiencia interpersonal.

Para Jacobson (1964), señalan los Grinberg (p. 31), el Yo contiene representaciones del *self*. De la diferenciación y permanencia de las representaciones del *self* en el Yo depende el sentimiento de la identidad. El individuo sabe que



es él mismo a través de los cambios, en la medida en que su Yo contiene una clara representación de su *self* y de los cambios que éste ha experimentado en el transcurso del tiempo, con la conservación de su unidad. La identidad contiene dos aspectos: uno referido al *self*, y otro referido al Yo y vinculado con su función sintética.

Dichos autores concluyen que el sentimiento de identidad es experimentado por el sujeto como resultado del proceso de individuación-diferenciación, y es tanto base del sentimiento de unicidad (ser uno y único) y del sentirse él mismo a través del tiempo, como base del sentimiento de mismidad, con su corolario de integración social. Todo ello estaría incluido en la fantasía inconsciente del *self* que tiene su asiento en el Yo, base del sentimiento de identidad.

Por otra parte, retomando el enfoque eriksoniano sobre el proceso de identidad y el proceso del Yo, se concluye lo siguiente:

1. El Yo es un principio organizativo, de acuerdo con el cual el individuo se mantiene como una personalidad coherente, porque posee mismidad y continuidad, tanto en su autoexperiencia como en su realidad para los otros.
2. En este marco teórico, el análisis del Yo incluye la identidad del Yo de un individuo en relación con los cambios históricos que dominaron su infancia, su crisis de la adolescencia y su adaptación madura, es decir, en el poder de síntesis del Yo.
3. El sujeto se siente libre cuando puede elegir identificarse con su propia identidad del Yo y cuando aprende a aplicar aquello que le es dado a lo que debe ser hecho. Sólo de este modo logra derivar fuerza del Yo.
4. La formación de la identidad depende del desarrollo del Yo; a este trabajo del Yo lo llama *identidad del Yo*.

Desde este marco teórico sobre los conceptos de la identidad individual, se alude a la identidad profesional, la cual se inicia desde los comienzos de la vida y se manifiesta en constante transformación y consolidación.

El planteamiento sobre la identidad profesional requiere de algunos cuestionamientos. Vives (1999, p. 160) menciona que la formación de una identidad profesional es una formulación ambigua, incluso paradójica, ya que la identidad, como estructura central y fundante de la personalidad, se va desarrollando paulatinamente desde los primeros introyectos en la más remota infancia, y se consolida como una constelación de características más o menos permanentes en el decurso del tiempo durante la última fase de la adolescencia. Al mismo tiempo, se debe concebir este concepto como un proceso paulatino y de constante conformación: lejos de ser una estructura inamovible, es una configuración altamente dinámica, fluente. Por lo tanto, la formación de una identidad profesional podría tomarse como una especie de contrasentido, a menos que se aclare que se trata de un proceso que ocurre en un adulto y que tiene que ver con procesos de identificación secundaria.

Es pertinente también definir aquí el concepto de identificación. Laplanche y Pontalis (1996, p. 184) consideran la identificación como el "proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones".

La identificación, desde una perspectiva psicoanalítica, supone la introyección de los valores parentales, sus estándares y expectativas, de la que emergerá un Yo ideal, estructura psíquica necesaria para el control de impulsos y la vinculación con la esfera de los valores y las pautas del entorno social. La imagen internalizada de los padres, señala Casullo (1997, p. 22), así como la de otros adultos significativos que participaron en la socialización primaria, debe ser revisada con la finalidad de posibilitar el logro de una identidad ocupacional que pueda ser entendida y aceptada por el propio sujeto. Se refiere a la identidad *ocupacional*, como la representación subjetiva que un ser humano tiene sobre su inserción concreta en el mundo del trabajo, y a la identidad *profesional*, cuando un individuo debe pasar por un periodo de capacitación y formación sistemática (estudios) para lograr esta inserción.

A partir de los planteamientos teóricos previamente señalados, la autora del presente volumen sustenta que la *identidad profesional del psicólogo* se conceptualiza desde la identidad individual, vinculada al contexto social y al contexto de la propia profesión, según su desarrollo histórico. Es un interjuego de lo individual, lo social y lo profesional (Harrsch, 1981, 1983 y 1994).

En la formación del psicólogo, el planteamiento de la identidad profesional se visualiza como el proceso de identidad individual del estudiante, en el núcleo del individuo, en el núcleo de la profesión y en el núcleo cultural y social.

En el psicólogo se promueve un proceso de identidad al entrar en contacto con los colegas, maestros y compañeros, de quienes percibe cómo es juzgado, y se compara con los demás psicólogos, sobre todo en relación con aquellos más significativos para él.

Aún cuando el alumno no se dé cuenta del proceso de crecimiento interno en su formación profesional, es decir, cuando no está consciente de ello, se le puede confrontar con su propio proceso y así crearle conciencia sobre su identidad profesional, en vez de que curse sus estudios acumulando conocimientos teóricos disociados. El psicólogo comienza su proceso de identidad profesional en los encuentros con los maestros. Ese proceso de constante cambio y desarrollo no termina sino hasta que se logra una diferenciación clara de la actividad profesional, aunada a una diferenciación como persona en relación con otros psicólogos.

La identidad del psicólogo no corresponde sólo a la claridad del rol de su actividad. La identidad dinámica interna sentida es un proceso constante de búsqueda de realización, en forma integrada (persona-psicólogo) y diferenciada. Cada psicólogo tendrá un proceso de búsqueda de su propio sentido de identidad profesional, que va más allá del rol profesional.

El análisis de la identidad del psicólogo como individuo se tendrá que formular en términos de su propia historia; así como en función de la historia de la profesión, de la institución donde realiza su formación y del contexto social que le rodea.

Habría entonces que considerar tres factores en la formación de la identidad profesional:

1. El individuo, el psicólogo, con su historia (identidad del Yo como psicólogo).
2. La psicología, con su historia como profesión, dentro de un contexto institucional específico (identidad del grupo de psicólogos).
3. Ambos en el contexto social actual (el mundo profesional).

La identidad profesional del psicólogo no sólo implicaría la conciencia de ser psicólogo, en la medida que se tengan, y se reconozcan, una serie de conocimientos y experiencias personales en esta profesión. El Yo del psicólogo, la identidad del Yo como psicólogo, sería la conciencia del proceso integrativo y sintético de los conocimientos y las experiencias académicas, por un lado, con las características propias del Yo individual-personal, por otro. Se trata de un estilo de la propia individualidad profesional, en tanto que se cuenta con el común denominador de conocimientos (bagaje teórico-práctico); la síntesis que se haga de ellos va a depender de cada psicólogo en forma individual, y del significado que les dé en su contexto institucional y social. Si hay congruencia de significados, el psicólogo podrá ser un agente de cambio social; si no la hay, su acción sería tal vez valiosa pero ajena a su comunidad, es decir, egosintónica: sólo para satisfacer necesidades propias y, por ende, no responderá a un nivel maduro de su acción profesional.

Se debe buscar la complementación mutua entre la identidad grupal del psicólogo, y la identidad del Yo como individuo y como profesional. La función sintetizadora del Yo como psicólogo conduciría a que su trabajo fuera más significativo, crítico y creativo.

Al retomar los cuestionamientos iniciales sobre si el estudiante, en el periodo de su formación académica, logra estructurar un sentimiento de identidad como profesional, se plantea la siguiente concepción: en su periodo de formación académica, el estudiante alcanzará a estructurar un sentimiento de identidad como profesional —el Yo como psicólogo— siempre y cuando se dé en él un proceso integrativo sintético que involucre los siguientes factores:

1. Formación curricular (Yo-teórico).
2. Experiencia profesional (Yo-empírico).
3. Desarrollo personal (Yo-individual).

Posteriormente, en el ejercicio profesional, el psicólogo podrá fungir como agente del cambio social en la medida en que crezca como persona, y tome conciencia y sentido de responsabilidad social, mediante el trabajo y la reflexión constante de su experiencia en grupos de psicólogos; es decir, cuando consolide un sentimiento de identidad como psicólogo en los niveles individual y grupal y, por ende, cuando desarrolle la personalidad social. Es lo que Mendel (1980) denominó el Yo de lo político.

El modelo de desarrollo encaminado a la formación de la identidad profesional del psicólogo debe aludir a la relación del hecho social e individual con lo institucional. Se busca estudiar cómo las personas, en el marco de sus actividades cotidianas, pueden reflexionar por sí mismas acerca de las fuerzas que actúan sobre su personalidad, ya sea que estas fuerzas provengan de la infancia o de la sociedad. Es, esencialmente, un método de toma de conciencia de estas fuerzas por los propios interesados. Con esta perspectiva, la institución se muestra como un lugar privilegiado para dichas tomas de conciencia.

Todo acto humano genera poder, señalaba Mendel, y añadía que, en una institución, en la medida en que los productores (generadores) tienen menor posibilidad de ejercer su poder sobre lo que hacen, se hunden más en formas psicoafectivas regresivas. En el plano institucional, éstas se expresarán como conflictos interpersonales. Al contrario, un enfoque progresivo conduce hacia el desarrollo de lo que se denomina la personalidad social o el Yo de lo político, y que redundará en un mayor placer en el trabajo que se realiza.

Así se conceptualiza un modelo de desarrollo para la formación de la identidad profesional del psicólogo, que integre el Yo político a lo teórico, lo empírico y lo individual; que unifique el hecho social con el hecho individual, en una toma de conciencia inseparable de la realidad; y del que surja la posibilidad, al menos, de promover que el psicólogo se forme efectivamente como agente de cambio social. Esto es, que mientras el proceso integrativo sintético del Yo como psicólogo plantea el desarrollo de los Yo teórico, empírico e individual para estructurar la identidad profesional del psicólogo, el desarrollo del Yo político ofrece la posibilidad de integrar lo social a lo individual y, por consiguiente, se puede hablar entonces del psicólogo como agente de cambio social, en tanto que como individuo reaccione al hecho social.

Erikson (1978) sustenta que la única manera en que es posible reeducar a los pueblos es presentándoles el hecho incorruptible de una nueva identidad dentro de un marco político más universal.

Por otro lado, para desarrollar su Yo como psicólogo, el individuo en busca de su identidad profesional, en un constante esfuerzo por definirse, sobredefinirse y redefinirse a sí mismo, debe abocarse al análisis de su personalidad como parte de su formación, para no proyectar su propia patología en el ejercicio profesional. A través del análisis, de la psicoterapia, tiene que desarrollar conciencia sobre las motivaciones, las necesidades, las actitudes y los valores que rigen su vida como persona y como profesional, con el objetivo de asumir su ser de manera responsable.

Asimismo, a través del análisis, el psicólogo debe desarrollar su capacidad para establecer vínculos de afecto maduros. Un compromiso profundo con el otro, junto con las experiencias y los valores de una vida compartida, enriquecen la relación y protegen su estabilidad.

El estudiante en proceso de desarrollo como psicólogo, a través de la reflexión constante y la concientización de su rol profesional, se encamina a la integración de sus conocimientos, experiencias y características individuales y, por ende, a alcanzar la identidad profesional como psicólogo. A su vez, la interacción y retroalimentación crítica entre los miembros de un grupo de psicólogos favorece el crecimiento en conciencia y responsabilidad sociales.

Es importante destacar que el psicólogo, como cualquier ser humano, desarrolla una personalidad individual, producto de lo psicofamiliar. La personalidad social sólo se desarrolla voluntariamente, pues se adquiere en el trabajo profesional, en la toma de conciencia en un grupo de iguales y a través de un proceso de reflexión (véase el capítulo 10, Identidad profesional del psicólogo y su rol como agente de cambio social: un modelo de desarrollo).

La realización de la cuarta edición de este volumen, titulado *Identidad del psicólogo*, y desde su tercera edición (en su primera edición se llamaba *El psicólogo, ¿qué hace?*, y en su segunda edición incorporó el subtítulo de *Identidad profesional*), ha permitido a la autora a volver a reflexionar y a cuestionarse sobre la complejidad y seriedad que implica **ser psicólogo**.

Los 40 años (1963-2003) de incursionar en el conocimiento de la psicología y de continuo ejercicio profesional de la misma, así como el hecho de que los cuestionamientos vertidos aquí sobre la identidad del psicólogo llevan 20 años de publicación ininterrumpida (1983-2003) con sus respectivas ediciones revisadas, corregidas y aumentadas, permitieron constatar, a quien esto escribe, que el problema de la identidad profesional del

psicólogo no sólo sigue vigente, sino que se han incrementado las variables que intervienen para definir y redefinir un modelo de desarrollo que promueva la conformación de la identidad del psicólogo.

Resulta inevitable aceptar que la acelerada tecnología del siglo XXI es un recurso de la diversidad, que satura y rebasa cualquier intento de abarcar, analizar y sintetizar todo el conocimiento relacionado con algún tema. Con tal exceso de información, aunado a la influencia de los medios de comunicación masiva sobre los modelos de identificación, y a las crisis existentes en el mercado laboral, resulta cada vez más difícil y complejo construir una identidad cohesiva para el profesional de la psicología.

Por lo tanto, ser psicólogo en este siglo XXI implica, por un lado, un mayor y continuo esfuerzo en el compromiso de desarrollar competencias de actuación, inserción e intervención, basadas en una formación integral teórico-práctica y, por otro, que estén sustentadas en el conocimiento de sí mismo como ser humano y de su responsabilidad social como persona comprometida con los valores intrínsecos a su profesión de psicólogo.

Lograr un título de licenciatura, maestría o incluso doctorado en psicología no implica *per se* un certificado de salud mental. De aquí que resulte de gran trascendencia que el psicólogo no sólo cuestione su *quehacer* como científico, sino que es inminente que también se cuestione *quién es*: tal como lo presuponen la estructura básica de su personalidad; el funcionamiento de su aparato psíquico; su conciencia; sus motivaciones, deseos y fantasías inconscientes; su subjetivismo; la percepción de su mundo interno y de la realidad externa; la regulación de sus afectos; su conducta; y el control de sus impulsos; así como la modalidad de relacionarse consigo mismo y con los demás.

Los conceptos sobre identidad, identificación, estructura del Yo y del *self*, identidad del Yo, referidos en este capítulo como marco teórico, tienen como objetivo ofrecer una opción para reflexionar y cuestionar sobre el comportamiento del psicólogo como ser humano, expuesto a los mismos conflictos y presiones que cualquier otro.

Se desean enfatizar aquí las vicisitudes del desarrollo de la identidad profesional del psicólogo, derivadas del problema de ser a la vez sujeto y objeto de estudio de la psicología como ciencia, disciplina y profesión. Cualesquiera que sean la corrientes teóricas que predominen en su aproximación a los problemas entrañados en su ejercicio profesional, siempre estará vinculada y comprometida su identidad individual y, por ende, su salud mental.